

Domingo XXXI del Tiempo Ordinario (30-10-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas, buen mediodía para todos.

Estamos viviendo los últimos días de encontrarnos dentro de este mes que dedicamos al Señor de los Milagros y, hoy día, el Señor mismo nos sorprende con este pasaje tan bonito, tan lindo y, a la vez, tan profundo. En el texto del libro de la Sabiduría (11, 22–12, 2), se nos dice que *el Señor se compadece de todos y cierra los ojos a los pecados de los hombres para que se arrepientan*, o sea, no nos recrimina para que nos arrepintamos, sino que cierra los ojos para que se arrepientan. Es decir, el Señor espera en nosotros, recapacitar, entendernos, comprender. El texto también dice: *si tú amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho*. En el Señor no hay odio, porque Dios es amor y, por eso, le llama “*Señor, amigo de la vida*”, no de la muerte.

Nosotros que hemos vivido toda la amenaza de la muerte en estos meses, sabemos que Dios es nuestro amigo y, por eso, ha sido vibrante el modo en cómo hemos celebrado esta procesión y este mes juntos, ayudándonos mutuamente a comprender el misterio de Dios. Y será este el camino que nos llevará, también, no solo al Reino de Dios pleno, definitivo, sino anticiparlo en este mundo, en este país donde Santa Rosita decía: “Hay que hacer del Perú una partecita del cielo”. Eso es ser un anticipo del Reino de Dios acá, y el Evangelio de hoy (Lucas 19, 1-10), justamente, nos invita a darnos cuenta de que la felicidad plena de alguien comienza aquí, haciendo felices a los demás y no infelices.

Este hombre, Zaqueo, que, además, no es solamente publicano (del cual hablamos la semana pasada), sino que es jefe de publicanos, es un “corrupto de corruptos” que dirige varias asociaciones de corrupción, varias asociaciones ilícitas para delinquir y, por eso, la gente no lo quería, lo recriminaba, lo acusaba. Y los publicanos eran

vistos así, como en la parábola de la vez pasada, cuando el Señor nos muestra cómo el fariseo desprecia al publicano (porque así era despreciado por todos los hebreos. El publicano era un hebreo traicionero que, además, le sacaba plata a la gente para Roma, era un traidor). Pero hay cosas muy importantes aquí:

Ahora, el padre Roy me ha contado (yo ni siquiera me había asomado a verlo), que la palabra Zaqueo significa *inocente, justo*. Esto es muy interesante porque, una de las cosas que nos pasa mucho a nosotros, es que los papás, con todo su amor, nos ponen nombres que, en cierto modo, son “la vocación” que ellos sienten que nosotros podremos tener en la vida y, después, nosotros no le hacemos caso a nuestro nombre, y vamos por el interés o la ambición que nos lleva hasta que, en un momento, tenemos que recapacitar para volver a quienes realmente somos.

¿Qué significa el nombre? Es la vocación que los padres quieren que caminemos, que ellos ven, sienten, que la madre siente. Y, entonces, le habían puesto este nombre (Zaqueo) y el tipo se olvidó, se dedicó a robar, a corromperse y a corromper a otros, y sabe Dios qué cosa lo llevó a esa vida. Sin embargo, el Señor empieza a hacer un camino con él, ¿a través de qué?, de esa “chispita” que le queda a uno siempre de que está hecho para Dios porque uno es criatura de Él, y siempre hay que volver a la vocación que el Señor nos ha dado, lo dice hoy día San Pablo (2 Tes 1, 11–2, 2): *“Estén seguros de esa vocación”*, y eso hay que encontrarlo no solamente en la profesión, no solamente en la función, sino en aquella cosa a que nos inclina el Señor para que caminemos hacia Él, bajo una identidad, es decir una forma específica, particular, con sus características propias, con su personalidad, con sus valores, su manera de ser. Y, por eso, todos somos distintos y todos estamos “aventados” a la aventura diaria de encontrar y vivir .nuestra vocación.

Y, hoy día, entonces, esta ocasión es muy interesante, porque Zaqueo parece ser que había escuchado hablar de Jesús y, entonces, quiere verlo, tratar de distinguir quién era Jesús entre la gente, pero la gente se lo impedía porque era “chato”, era “enanito” y, por tanto, no podía ver. ¿Qué hace? ¡Se sube!. El Papa, esta mañana, en el comentario del Ángelus dijo que Zaqueo hizo un poco “el ridículo” subiéndose a una higuera a ver si distinguía a Jesús. Y acá (y el Papa lo ha recordado también), hay un cruce de miradas: Zaqueo está buscando mirar a Jesús, y Jesús, que pasa por ahí, levanta los ojos hacia él (o sea, lo mira) y lo llama por su nombre: “¡Zaqueo!” (¡Inocente!), re recuerda su ser, su identidad, su vocación resumida en una sola palabra ... “Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa”.

Esto quiere decir que el Señor (en criollo decimos) se “zampó” a la casa, se autoinvitó, pero es familiar, porque el Señor nos conoce, es el Hijo del Padre que nos ha creado. Y Él, que no es creado, sino engendrado, ha pasado por las mismas de nosotros, ha nacido de María y ha vivido esa belleza de los 9 meses en que todos hemos recibido el amor gratuito de la mamá y de Dios. Jesús, entonces, que conoce bien el mismo sentimiento humano porque es como nosotros, entonces, se toma la confianza.

Dice el Evangelio que Zaqueo bajó enseguida y lo recibió muy alegre. ¿Qué pasaría en este hombre que necesitaría un simple reconocimiento sencillo? (en este caso, de Jesús). Probablemente, también en su casa, como todo el mundo lo odiaba (el barrio y en la ciudad), estaba muy solo e, inclusive, están solos sus parientes (porque habla de su casa). Y el Señor aquí, entonces, le da esa oportunidad.

El Papa ha hecho una reflexión hoy día muy linda: dice que, como era bajo de estatura, Zaqueo se creía que estaba alto y se sube en forma ridícula, y el Señor, curiosamente, está abajo, porque siempre decimos que, para mirar a Dios, hay que mirar arriba. Nosotros, cuando miramos a Dios, ¿a quién

reconocemos primero? Al vecino Jesús. Sí, subimos un poco la mirada porque es alto, pero es menos alto que el cielo, está más cerca. Ustedes, en estos días, han experimentado eso, y de alguna manera uniéndonos a Jesús, nos hemos tocado, nos hemos ayudado. Y, también, a nosotros, los curas, a todos nos piden que los toquemos en la cabeza para bendecirlos.

Cuando empecé mi ministerio sacerdotal, empecé dando la bendición así (con la forma de la Cruz). Ahora, de obispo, doy la bendición igual, pero, resulta que todos me piden que lo haga aquí (tocando la cabeza), porque necesitamos eso, tocarnos, reconocernos como personas, sentirnos animados (y no hay nada mejor que el contacto directo). Recordemos todo lo que hemos sufrido por estar dos años sin tocarnos, porque podríamos contagiarnos. Esto también es una forma de “tocarnos”, por amor, porque, por amor al otro, yo me reservo.

En todo caso, lo que acontece después es que la gente va a chismear, va “lero, lero, candelero”, va a estar hablando. “¡Es un pecador!”, “ha ido a la casa de un pecador”, dice la gente, pero el Evangelio dice que Zaqueo “se puso de pie”, cosa que ya es distinta a creerse el superior, y en su situación de ser despreciado, Zaqueo siente ahora que hay una dignidad que es mayor que el dinero: es una persona humana que, inmediatamente, quiere *ser persona humana para los demás*.

Y no es que Zaqueo se pone a rezar y se va al cielo. Ni siquiera le pide al Señor: “Llévame al cielo”. Zaqueo le dice a Jesús que va a hacer justicia producto de la alegría y dice: “La mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres”. ¡Esto es precioso! Cómo quisiéramos poder llegar al corazón de todas las personas que están en corrupción en el país para que hicieran este acto de justicia.

¿Quiénes son los “cristos” que van a visitar a esas personas que están en corrupción para acompañarlas? Todos nosotros. El Señor ha dicho que somos discípulos misioneros suyos, y también el Papa lo ha recordado, al decir que la Iglesia es de todos los cristianos que somos discípulos misioneros y que no salimos a acusar a nadie, sino que llamamos a la conversión con el corazón. Y, para eso, tenemos que organizar bien la evangelización del Perú, y eso empieza por la procesión, que es una forma de evangelizar (y que está yendo por todo el mundo, además).

Estamos llamados a abrir el corazón a todo el mundo porque todo está en situación difícilísima, corrupta, complicadísima, ambiciosa y guerrera. Por eso es que los peruanos cristianos tenemos una misión muy grande. Creo que no hay ninguna procesión que tenga el nivel mundial que tiene la nuestra. Es como la selección, ¿no es cierto?

Pues, bien, primero que nada, este hombre comparte la mitad de sus bienes y dice: “Y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más”. Esto es una conversión muy profunda, gracias a la cercanía de Jesús, y puede ocurrir con la nuestra, porque significa que el principio fundamental son los demás, los otros, y yo me debo a ellos. Zaqueo entiende que tiene una misión, redescubre su vocación que estaba ahí, olvidada con su nombrecito nada más. Ahora está siendo el verdadero “inocente-justo” y, por lo tanto, el Señor le responde con esta frase tan profunda: *“Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque este también es hijo de Abraham”*.

El Señor no está persiguiéndolo para meter a Zaqueo o a la gente a la Iglesia, mas bien, reconoce a Zaqueo como hijo de Abraham (como son también los musulmanes, como son todos los creyentes); y si el ser humano es, naturalmente, creyente, tiene una tendencia religiosa que debe desembocar en hacerse hermano. Y ser hijo de Abraham

significa ser hermano de la humanidad, de todo el que busca. El Señor no lo juzga, lo llama, lo invita entender en sentido de su vida, por medio de una simple mirada y visita que les suscita una alegría que le destapa su vocación mas honda, tapada por la ambición superficial.

Y, aquí viene, entonces, lo más importante que nos dice el Señor: *“Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”*, no a condenarlo, es decir, no a “chancarlo”, sino a promoverlo; pero eso sí, a través de un proceso de conversión que, a veces, es largo. Y nosotros estamos en el proceso de conversión del Perú y, en concreto, en Lima, hemos comenzado así el proceso de reforma de la Iglesia de Lima, para que todos participemos, para que juntos construyamos ese tipo de Iglesia que acompañe a tanta gente que no esta acompañada, porque nos hemos habituado a un tipo de oración que dice: “Señor, que esos fumones que están en la esquina, vengan a la Iglesia”, “que esos pecadores se arrepientan y vengan”... Nuestra oración tiene que ser: “Señor, que todos los que estamos en esta Iglesia, salgamos a buscar a las personas que están en dificultad, las acompañemos, y juntos, caminemos por el camino de la justicia y del amor que nos devuelve la alegría y nos lleva hacia tu Reino”.

Por eso es que nosotros no debemos ser una especie de “club de exclusivo”, como el fariseo de la semana pasada, los “ya no ya”. Nosotros somos los servidores de Dios y los ayudantes de nuestro pueblo, y lo vamos a conseguir poquito a poco porque el Señor lo ha prometido; lo que pasa es que demora y hay que tener un poquito de paciencia. Como dice el Chavo: “Téngame paciencia”, y esa paciencia, el Señor la tiene y Él no se exagera, Él ha jurado eso. En el Antiguo Testamento, hay un texto que dice: *“Porque yo soy Dios y no hombre, y no vendré con ira”* (Oseas 11:9). En Dios no hay ira, hay amor gratuito y solo amor, lo que pasa es que en el Antiguo Testamento había una confusión que debía

aclararse, y Jesús la aclara y viene, entonces, a recuperar lo que estaba perdido.

Termino con una reflexión. Escuchemos un poco nuestros nombres, también, porque nuestros padres quisieron mucho decir con el nombre que nos dieron. ¿Saben qué significa Abimael? “Abi” significa “papito”, “ma” significa “mi”, y “el” significa “Dios”, es decir: “Dios es mi papito”. Si esa persona, que conocemos, le hubiera hecho caso al Señor y le hubiéramos enseñado a comprender su vocación, no hubiera habido la tragedia que hubo en el Perú. Por eso es que tenemos que cuidarnos mucho de entender nuestra vocación. Cuando no desarrollamos nuestra vocación, vamos por un camino que puede ser terrible, y tenemos que curarnos mutuamente para evitar cosas terribles en el Perú. Por lo tanto... ¡A “bajarnos” como Jesús a acompañar!

Yo agradezco, hoy día, a tanta gente buena que nos acompaña: las enfermeras, que nos empieza a cuidar a los que somos mayores. Hace poquito, les dije que me había dado un atoro y me salvó mi chofer. Gracias a él pude respirar, si no, ya no estaba aquí...

Bueno, todos tenemos que ayudarnos y valorarnos también, porque hay una realidad muy grande por apreciar en cada uno. Sobre todo, como decía Nicomedes Santa Cruz que lo recordamos por la procesión: “El Perú es un país de indio-blancos, blanco-negros, negros-indios y indios-blancos”. Y, ahora, además, también tenemos de gringo, de chino y de todo... Por eso, entonces, nada de cholearnos, de chinearnos, ni de gringuearnos, sino de apreciar todo lo bello y la diversidad que tenemos que se puede complementar, y generar un país fecundo, que llene al mundo de esperanza, porque aquí hemos vivido siglos el encuentro entre distintos y, todavía, un poco, como en las castas, nos separamos.

Hoy día tenemos que procurar unirnos y valorar, ése es el camino que queda para el futuro de la humanidad. Y nosotros lo tenemos en el Perú por anticipado, y hemos

aprendido y hemos luchado mucho por eso (aunque también nos hemos equivocado al pelearnos tontamente), pero es hora de que, apreciándonos, nos corriamos mutuamente, y construyamos un pequeño ejemplo, una pequeña semillita del Reino, y, así, sea nuestro aporte a la paz en el mundo y a la justicia en el mundo de hoy.

Que el Señor los bendiga y las bendiga, hermanos y hermanas, y nos ayudemos siempre. Y perdonen si, también, tenemos fallas en el camino de la Iglesia, porque pecadores somos todos, pero somos hijos y eso nos salva.

Amén.